

habíamos aprendido cosas. Mis ojos veían la belleza de la aurora en todo su esplendor, sentía que mi alma vivía junto a mí, ambas coexistíamos a la vez.

Esa noche, antes de conciliar el sueño, durante dos horas estuve recordando vivamente las conversaciones con Paulo Emilio. Imaginaba su cara de niño educado y gentil, sus ojos vivaces que cuando me miraban se tornaban relucientes. En ellos me reflejaba. Desperté una vez, miré hacia la ventana, la luz de la luna entraba en tenues rayos, apagué la luz del cuarto para poder apreciar mejor el estrellado cielo, apenas matizado por unas nubes que lentas se desplazaban de este a oeste. Pensé un poco en la carrera que debía estudiar, eso me emocionaba más que cualquier otra cosa. Más que nunca estaba convencida que el destino es una de las fuerzas invencibles para los humanos, por eso siempre nos alcanza.

Amanecía un nuevo día. Mi papá fue el primero en levantarse, tenía que ir a revisar unos animales que serían llevados a Monterrey para su venta, como parte de los negocios que traía con Bladimir. Le escuché a mamá tararear una vieja canción que le gustaba mucho: *Corre Sansón corre*. Me bañé, desayuné rápido porque se me hacía tarde, salí corriendo a la escuela.

A mi regreso me encontré con la noticia que comeríamos paella, platillo que me encantaba. Agradecí a mamá su intención de hacer el guiso de mi preferencia; me aclaró que uno de los mozos de Bladimir la había llevado en una cazuela de barro.

—La envió el señor Bladimir porque sabe que éste platillo es tu preferido —apuntó mi mamá con resplandeciente sonrisa dibujada en su cara.

—Hay que agradecerle al señor Bladimir su deseo de satisfacer mis gustos —le expresé a mamá procurando que no notara que esas “atenciones” me despertaban suspicacias.

El ánimo de mamá siempre estaba de buen talante; nunca la había visto enojada, nada le molestaba. Veía las cosas siempre por el lado positivo. Cuando algo le preocupaba procuraba que no me percatara para no transmitirme desasosiego.

## CAPÍTULO 9

Pasaron tres o cuatro días, no recuerdo bien, cuando le escuché a papá hablar de un viaje que tenía que hacer una semana después a los Estados Unidos, creo que a San Antonio, se entrevistaría con unos empresarios para tratar la venta de carne que transportarían en cajas refrigeradoras. Le informó a mamá que con oportunidad le preparara la maleta con ropa para cuatro días. Me agradaba ese tipo de conversaciones porque denotaban estabilidad financiera en la familia. Ya habíamos pasado por una situación difícil, a nadie de nosotros le hubiera gustado que se repitiera.

Antes de retirarnos a dormir hicimos planes para salir a comer al otro día. Papá había propuesto ir a Poza Rica, a un lugar donde preparaban jaibas enchipotladas y caldo de camarones; nos aseguró que eran los más sabrosos de la región. Aparte que cocinaban con leña. Al dueño le apodaban *El Vigotes*.

Dadas las once de la mañana se escucharon en la puerta suaves golpes; eran de una mano femenina. Mamá acudió al llamado; abrió la puerta.

—Santanita, ¿a qué se debe el honor de su visita? —exclamó mi mamá un tanto sorprendida.

—Vengo de parte del padre Teódulo —Contestó Santanita.

—¿Y en que podemos servir al padre Teódulo, querida Santanita?

—Los invita a usted, a su esposo don David y a su hijita Zalia, a comer mañana domingo en la casa parroquial, a las dos de la tarde; espera que tengan a bien consentir la invitación. Dice que les ofrecerá paella que tanto le gusta a Zalia, y mariscos frescos que le regalaron. Quiere compartirlos con ustedes —remató Santanita en tono concluyente.

—Dígale a nuestro amigo el sacerdote que aceptamos tan grande distinción... ¡Con mucho gusto vamos! Mi marido y mi hija se van a sentir halagados —contestó presurosa mi mamá en tono de agradecimiento.

Mamá se despidió de Santanita, cerró la puerta, fue a donde estaba mi papá para transmitirle las palabras del sacerdote en la voz de su asistente, la también encargada de la casa parroquial. Papá lo tomó como una distinción.

—Por supuesto que no faltaremos a la comida que nos ofrece el padre Teódulo; nos dará la gracia de bendecir nuestros alimentos, hija —dijo papá a mamá reflejando en su rostro evidente alegría.

—Amor —se dirigió cariñosamente a mi mamá—, tenemos que cambiar para otro día nuestros planes para comer en restaurante.

—¡Excelente decisión! —repuse.

Hasta el sábado en la noche no teníamos la menor idea de lo que ocurriría al siguiente día. El domingo fuimos a misa de diez. La iglesia estaba adornada, se celebraría una boda. La desposada, como de catorce o quince años, de tez morena, ojos negros y facciones afiladas, hacía notorio esfuerzo por sonreír. Los ojos de la mamá estaban enrojecidos de llorar, parecía desconsolada. La familia del muchacho tenía mejor semblante. El novio lucía traje gris, nuevo. Evitaba voltear a donde estaban los familiares de la novia. Escuché decir a una señora, tía de la joven, que el novio la había embarazado, que se sentían “defraudados”. “Le echó a perder su vida”, remató diciendo.

En ese momento me dije a mi misma que sería imposible que yo pasara por una situación similar. Me consideraba inteligente, de valores y muy tenaz.

Al término de la misa dimos una vuelta al parque. Papá nos invitó una nieve. Tenía presente la cara de la mamá de la novia. Algo que debía causar alegría y regocijo se trastocaba en llanto y desconsuelo. Mientras saboreaba la nieve de café me preguntaba si alguien podría tener culpa. Le di vueltas a la idea, no encontré respuesta.

Estábamos en la nevería, se acercó la mamá de Bladimir, era acompañaba por Ricardo, hermano de Bladimir. Se expresó elogiosamente de mi persona. De quien provenían no me causaban agrado. La señora hizo un comentario aludiendo a la comida en la casa parroquial.

—Dios les dará el lugar para saborear hoy los alimentos.

—La comida de éste día será un verdadero halago de Dios, señora; tiene usted toda la razón —recalcó mi papá sin abundar más sobre el tema.

—Vámonos hijo, no le quitemos el tiempo a ésta hermosa familia que son un privilegio de Dios.

A la una y media de ese despejado día nos retiramos del lugar, teníamos un compromiso que cumplir. Antes fuimos a la frutería a que nos arreglaran una canasta con frutas para corresponder la atención del padre Teódulo. Las acomodaron de manera vistosa, hasta un moño le pusieron.

EN PUNTO DE LAS DOS de la tarde llegamos a la casa parroquial. Caminamos en medio de un jardín en el que había rosas rojas y blancas; en medio se levantaba una pequeña fuente que en esa ocasión brotaba agua de la parte superior. El cura, como si alguien le hubiese avisado que estábamos a metros de la puerta, salió a recibirnos mostrando amplia sonrisa que ponía al descubierto la irregular dentadura.

Vestía ropa de calle, no llevaba los atuendos sacerdotales. Sin mover su cuerpo levantó las manos a la altura de la cintura abriéndolas con las palmas hacia nosotros; la misma posición de saludo que adoptan los curas en las homilías.

Mi papá dio un paso hacia adelante para ser el primero en saludar al clérigo. Tomó sus manos, hizo la reverencia característica de un feligrés. El saludo de mi mamá fue similar. Yo hice lo mismo pero con menos devoción.

—Pasen ustedes queridos hermanos —exclamó el sacerdote a la vez que frotaba sus manos, como festejando algo—. Están en casa de Dios. Pasemos a la sala mientras Santanita da el último toque a la mesa, ustedes la conocen, es muy meticulosa.

Para mitigar la espera observé repetidamente cada uno de los cuadros que colgaban de las paredes: *La última cena*, La Virgen de Guadalupe, San Martín de Porres, y otras que no identifiqué. No había adornos, los muebles eran rústicos, de cedro. Las ollas

eran de peltre, las cazuelas de barro y los comales de lámina. En el comedor cabían diez comensales.

Mis papás platicaban con el padre detalles de cuando se casaron, del sacerdote que los casó, y de la misa. Recordaron a un compañero de papá que estudió para sacerdote, también conocido del anfitrión.

Nos ofrecieron agua de sabores y café mientras pasábamos a la mesa. Mi olfato me avisaba que mi guiso preferido estaba listo para ser devorado por mi apetito. El cura se percató de mis deseos y me anticipó:

—No desesperes, hija, la espera será compensada con el platillo de tu predilección.

—Le agradezco la cortesía, Padre, la verdad no la esperaba.

Minutos después el católico nos recomendó pasar a la mesa. No habían transcurrido ni tres minutos cuando se escuchó una voz, bastante conocida por los presentes, que desde la entrada saludó y solicitó permiso para entrar. El padre atajó aclarando:

—Quiero darle una buena sorpresa a esta hermosa familia que ahora está en la mesa del Señor: nos acompañará el señor Bladimir, a quien ahora le pido que pase a compartir ésta misma mesa, y participe de los alimentos que el señor nos ofrece.

No entendí bien lo que ocurría, me pregunté para mis adentros por qué el cura ocultó que también asistiría como invitado Bladimir. Mis papás se sintieron halagados con la llegada de ese señor. Su presencia me parecía inoportuna y hasta suspicaz. Dicho personaje se incorporó a la plática convirtiéndose en la parte central del convivio. Deduje que el clérigo se había prestado a que así fuera.

Bladimir se dirigió a la cocinera por su nombre, para preguntarle si los ingredientes para la elaboración de la paella habían sido de la calidad esperada.

—Sí, señor Bladimir, mejores no pudo haber comprado —contestó la cocinera al interés del protagonista de la reunión, llamándolo también por su nombre.

Permanecí al margen de la plática que sostenían los mayores, sin dejar de mostrar interés. Bladimir estaba entusiasmado. Yo percibía que algo extraño estaba flotando en el ambiente. Por fin sirvieron la comida. Primero, el consomé de jaiba en un plato hondo. Luego colocaron en la mesa el arroz con plátanos y, finalmente, el plato fuerte: paella, langostinos y mojarras fritas. El sacerdote, antes de servir los alimentos ofreció whisky para los mayores y cerveza para mí. Le hice saber que no apetecía esa bebida, opté por tomar agua de sabor.

Sobre la mesa, un tortillero con su tapa tallado en madera, vasos con adornos florales que antes habían sido veladoras. Las rebanadas de pan estaban sobre una tabla de nogal con los bordes redondeados.

Yo no miraba a Bladimir, él sí miraba mi rostro. Me incomodaba.

Para mí no pasó inadvertido que el cura, en voz baja, apenas audible, preguntó a la cocinera su nombre. Eso me hizo pensar que no la conocía, que él no la había llevado a la casa parroquial. ¿Qué estaba pasando?, me pregunté.

La única explicación que encontré fue que Bladimir hubiese preparado todo ese ardid con algún propósito. No estaba segura de ello pero a él le gustaba mostrarse espléndido.

En un momento de silencio alcancé a oír un suave barullo afuera de la casa Parroquial. No le di importancia. Dentro de mi cabeza seguía retumbando la pregunta: ¿Qué razones tendría el cura para no comunicarnos previamente la asistencia de Bladimir? ¿Acaso el plan sería otro, más allá de la convivencia de un grupo de amigos del cura a la sazón de sabrosos guisos? Eso solo lo sabían el cura y Bladimir.

La comilona transcurría entre historietas y risotadas. Yo reía discretamente. El cura parecía más complacido con su amigo y benefactor que con mi familia. Mi duda por el origen de la cocinera quedó despejada cuando ella se acercó a la ventana de la cocina y llamó por su nombre a uno de los empleados de Bladimir, para pedirle algo que necesitaba. Deduje que el dueño de todo también lo era de la benevolencia del párroco. Me consolaba pensar que esa reunión no duraría mucho tiempo ya que estábamos en la casa Parroquial.

Apareció el pastel. Por el tipo de decorado no había sido elaborado en la cocina de la casa. Antes de que las cucharas atraparan el primer pedazo del pan, el padre Teódulo dejó el utensilio sobre el pequeño plato; comentó en tono alto pero suave:

—Antes de probar este dulce pan, les pido a ustedes que escuchemos a nuestro amigo Bladimir, que quiere expresar algo no menos dulce que lo que estamos a punto de saborear. Adelante hermano Bladimir

Bladimir se acomodó en su asiento, respiró apresuradamente, tomó la servilleta para tocar delicadamente sus labios, colocó las manos sobre la mesa, vio a todos; finalmente detuvo su mirada en mis papás. Inició su perorata.

—He convivido con ustedes durante todo este tiempo. Hemos estado unidos en las buenas y en las malas, a ustedes les consta. Para mí, ustedes son parte de mi familia.

Yo escuchaba con suma atención lo que decía, desconocía a dónde quería llegar.

—Quiero decir algo que me ha nacido del corazón—continuó hablando en tono decisivo—. Antes de ser pronunciado por mis labios lo he pensado mucho, he considerado las razones. Lo que ahora voy a expresar debe traer beneficios, muchos beneficios sentimentales, de cariño, de amor.

Al decir estas palabras posó sus ojos en mí; un extraño temblor recorrió mi cuerpo, esperaba que su alocución no llegara a dónde yo estaba temiendo.

—Frente a un testigo de tanta calidad como lo es el padre Juan —continuó hablando con voz suave—, y Dios nuestro señor —volteó a ver el Cristo que colgaba de una alcayata en la pared frente al padre cómplice de lo que en la casa de Dios ocurría—, y a ustedes que tanto quiero y respeto; deseo pedir en matrimonio a Zalia, la joven más hermosa y de tan buenos sentimientos que yo haya conocido en mi vida. Dios la puso en mi camino, no me cabe la menor duda.

¡No daba crédito de lo que escuchaba y veía! Algo inaudito para mi edad. Mis papás voltearon a verme, había sorpresa en sus rostros pero a la vez cierta expresión de complacencia. Por ellos me vi obligada a fingir. Bajé ambas manos para tocar mis piernas, las apreté, las pellizqué, quería constatar que no estaba soñando. Confirmé que lo que ocurría en ese momento era real pero triste y lamentable. Bladimir continuaba hablando, fijó su mirada en mi papá esperando la respuesta que para él, el poderoso, el perverso, con la seguridad que le daba la gran trama que armó, tenía que ser afirmativa. Como fue.

Mi papá, para cumplir con el requisito de la autoridad paterna, que no ameritaba opiniones contrarias, atajó:

—Como padres de Zalia, nos congratula escuchar esas palabras tan llenas de emoción y de esperanza, pero debemos preguntarle a nuestro tesoro, a nuestra hija, nuestra querida Zalia, qué piensa de los nobles deseos de alguien que nos ha demostrado tener valores, de los que no tan fácilmente se encuentran en éstas épocas.

El comentario complaciente de papá incluyó la opinión de mamá. No podía responder otra cosa diferente a la que ellos mismos en sus adentros deseaban. Sonreí forzosamente, hice lo posible para que mi expresión facial no revelara desacuerdo. Giré la cara para ver a todos, detuve mi vista en el cura como pretendiendo reclamarle con la mirada.

La treta a la que el cura se prestó era el juego perfecto de Bladimir para conseguir lo que se había propuesto. Comprendo también que si no hubiese sido en la casa sacerdotal hubiera logrado su propósito en otro lugar, con otros personajes que hubiesen influido en mis padres.

EL CIELO ESTABA DESPEJADO, el aire movía las copas de los árboles, los vestidos de las mujeres se agitaban ondulantes, nadie de los que afuera volteaban para persignarse frente al crucifijo colocado al frente de la llamada casa de Dios, tenía la más leve idea de lo que dentro sucedía.

Aspiré una bocanada de aire, cogí la blanca servilleta, la doblé por la mitad, la alisé con la mano para dar tiempo a que se acomodaran mis ideas, volteé a ver *La última cena*, en silencio le pedí a Jesús que me diera fortalezas para asimilar lo que conmigo estaba pasando. Después de esto dije con voz debilitada por la desagradable sorpresa:

—Sinceramente quiero decirles que no esperaba que alguien me pidiera en matrimonio, ni éste día ni a mi edad. Mis planes eran terminar una carrera y pagarles a ustedes, padres míos —volteé a verlos—, el esfuerzo que hicieron para educarme y darme estudios para conseguir un título. Sin embargo, veo en la cara de mis papás que quieren lo mejor para mí. Considero que no debo oponerme a la petición del señor Bladimir, amigo de mis padres, que tan cerca ha estado de la familia en los momentos que más hemos necesitado; ha sido una mano amiga.

Yo hablaba, todos permanecían atentos, en silencio, esperanzados a mi respuesta complaciente y pronta. Nunca olvidaré la fingida sonrisa de Bladimir. Mamá me veía atentamente, con la actitud de una mamá cuya hija se ha enamorado del chico ejemplar. Yo esperaba otra cosa, que mis sentimientos fueran entendidos con el amor que las madres brindan a sus hijas, y algo hubieran hecho para que el abominable compromiso no se concretara.

Traté de reponerme de la desagradable sorpresa. Inhalé suavemente por la nariz y por la boca, pensé en el bienestar de mis padres y lo que provocaría una respuesta negativa. Mis emociones se encontraban en total desorden. En ese instante vi mi vida como una película que corría a gran velocidad. Estaba por pasar de mis sueños juveniles a las grisáceas responsabilidades de una esposa casada abruptamente, con un personaje maduro y sentimentalmente distante de mí. Volví a fijar la mirada en el padre Teódulo y exclamé:

—Es una distinción que un hombre tan honorable como lo es el señor Bladimir, se fije en una joven como yo, sin gran experiencia de la vida y de los deberes de toda mujer en edad de ser tomada como esposa.

Esas palabras salieron de mi boca con gran dificultad, creo que era la primera vez que mentía ante gente mayor.

—Estoy convencida que debo aceptar la petición que se me plantea, acepto ser la esposa de Bladimir. Concluí con esfuerzo.

Se escuchó estruendoso y espontaneo aplauso que rasgó el habitual silencio de ese umbroso lugar. La cocinera, que descubrí había llevado mi pretendiente, dejó de hacer lo que estaba haciendo, se acercó al comedor. Dos trabajadores del cacique que estaban afuera, junto a la puerta de madera con cristales biselados, gritaron al unísono: ¡Bravo! ¡Estas personas ya sabían de qué se trataba el “espontaneo” encuentro en la casa parroquial!

Había expresiones de alegría, la manifestaban de diferentes formas. La única que no participó del jolgorio fue Santanita, fiel servidora del cura, la encargada de que el padre comiera bien y a sus horas. Algo sabía, a solas me lo hubiera mencionado. Su

lenguaje no verbal denotaba conocimiento de lo que conmigo estaba pasando. Su silencio hablaba. Tiempo después confirmé mis conjeturas.

Me convirtieron en el centro de la reunión. Todas las miradas se posaron en mi persona. Apenas pude contener mi rabia. Me embargaban todo tipo de estremecimientos. No alcanzaba a entender por qué había decisiones al margen de mi voluntad, contrarias a mis deseos. Fue ahí cuando entendí que la bondad mostrada por Bladimir desde que me conoció, era parte de un montaje de largo plazo con detalles de perversidad.

## CAPÍTULO 10

El siguiente lunes despuntó soleado, algunas nubes se alistaban para tapar el astro rey por ahí del mediodía; me desperté a la hora de siempre para cumplir con mis responsabilidades escolares. Después de los buenos días, mi madre me dijo aquellas palabras que quedaron grabadas con hierro candente en mi corazón: “Hija, aprovecha estos días para convivir con tus compañeros de la escuela, pronto serás una mujer casada y cuando eso ocurra te dedicarás a tu hogar y a tu marido”. Tuve ganas de llorar.

—Sí, mamá, tienes razón —alcancé a balbucear con voz entrecortada.

El comentario de mi madre me enviaba a ese grupo de mujeres que se casan sin amor. El camino a la escuela era el mudo testigo de la metamorfosis que a cada paso yo sufría. Cada metro que avanzaba me alejaba de mi adolescencia. Imaginaba que mi mochila se desfondaba y de ella caían mis útiles escolares junto con mis ilusiones para quedar regados en el duro piso de las banquetas. Si hubiese volteado hubiera desfallecido al ver que mi pasado henchido de planes y sueños quedaba atrás, en el suelo. No miraba a la gente, los saludos no los contestaba, solo veía al frente, al infinito, al cielo. Había una pregunta que me hacía: “¿Qué mal habré hecho para merecer lo que me está pasando?”

A la escuela entré con otra personalidad, mi espíritu estaba vencido. Lo notó la maestra Rosalinda, estaba parada en el exterior de la puerta del salón.

—¿Ahora qué traes, Zalia, hay problemas en tu casa?

—No, maestra, es algo peor que no le podría contar hasta no acomodar mis pensamientos —le dije mirándole a la cara, mi semblante estaba triste.

—No te preocupes, Zalia, luego me lo comentas, te hará bien.

Durante las clases no pude concentrarme, hacía esfuerzos por llevar mis pensamientos a algo que me aquietara. Mi mirada deambulaba de un lado a otro